

# 1

NORTE DE ITALIA

4 DE SEPTIEMBRE 394 D. C.

El emperador tosió hasta quedarse sin aire.

Uno de los hombres de su guardia personal, un burgundio corpulento de cabellos y barbas rubios, le tendió un vaso de agua. El hispano alzó una mano para que aguardara, cerró los ojos y respiró profundamente. Luego hizo un gesto invitando al burgundio a entregarle el cáliz.

—Estoy bien —dijo Teodosio, tranquilizador, cuando comprobó que la veintena de oficiales que abarrotaban la tienda se miraban entre sí con preocupación—. Estoy bien.

—Sebastos, deberías descansar —dijo uno de los oficiales.

—¿Qué ocurre? ¿Nunca os habéis resfriado? —Luego, dirigiéndose al burgundio—: Y tú, Gondioc, la próxima vez que me sirvas de beber, al menos añade algo de vino. En Hispania decimos que donde no hay vino no hay amor.

—Por supuesto, sebastos. Lo lamento.

El emperador apoyó los puños en la mesa y observó el mapa que tenía desplegado ante él.

—Continúa, Flavio.

Flavio Estilicón, yerno del emperador y hombre de confianza de este, hijo de un vándalo y una romana, azote de los godos durante la guerra que siguió a la batalla de Adrianópolis y *magister militum* de Tracia, volvió a señalar el mapa.

—Sí, sebastos —dijo el aludido—. Superamos al usurpador en número, y me atrevería a decir que en calidad. En total disponemos de unos cincuenta mil hombres: los treinta mil del ejército de Oriente y cerca de veinte millares de godos. Según los exploradores, Eugenio...

—El usurpador —corrigió Teodosio.

—Por supuesto, sebastos. El usurpador —enmendó Estilicón— apenas supera los cuarenta mil. A juzgar por los estandartes que he podido ver esta mañana, ha tenido que retirar tropas de Britania

y de la frontera del Rin para reforzar su contingente, y también ha reclutado a grupos de francos y de alamanes. El problema...

—¿Cuál es?

—El problema es que cuenta con una muy buena posición defensiva. Además, se nos ha adelantado y ha ocupado todos los pasos de montaña. Aquí, aquí, aquí y aquí.

El emperador asintió.

—¿Quieres decir con eso que estamos prácticamente rodeados?

—preguntó Teodosio.

—Me temo que sí, sebastos. Dos días más y, si se mueven rápido, podríamos quedar atrapados. Aunque aún nos queda la opción de la retirada por aquí —dijo Estilicón señalando el camino que habían seguido.

El hispano negó con la cabeza.

—No. Retirarnos ahora significaría el fin de la temporada de campaña y un año más de espera. Eso solo serviría para que el usurpador afiance su posición y su liderazgo. Los gastos se nos acumularían, y tendríamos que licenciar a los godos para volver a convocarlos el año que viene. No. La retirada no es una opción.

—Puede que si negociásemos... —intervino Macrino.

—¿Negociar? —preguntó el emperador con afectada sorpresa—. ¿Negociar el qué, Macrino? Prefiero morir aquí y ahora entre terribles sufrimientos, o ver cómo se desmiembra el Imperio, antes que volver a Constantinopla y decirle a mi mujer que he negociado con el asesino de su hermano. Aunque... si estás dispuesto a hablar tú con ella, Macrino, negociaremos.

—¿Yo, sebastos? —dijo sorprendido el aludido, señalándose al pecho como un niño pequeño.

—¡Vamos, caballeros! ¡Un poco de humor, maldita sea! —rugió el hispano.

Estalló un coro de risas forzadas que murieron cuando Teodosio volvió a caer presa de un ataque de tos. El burgundio, esta vez, le acercó al emperador un cáliz con vino. El hispano bebió y respiró hondo, con dificultad.

—¿Qué hay de un ataque frontal? —preguntó Teodosio cuando se hubo recuperado.

—Arriesgado —repuso Estilicón sin más.

—¿Cómo de arriesgado?

—Teniendo en cuenta su posición y que tendríamos que cruzar el río para llegar hasta ellos, mucho.

—Pero el río es vadeable, ¿no es así?

—Lo es, sebastos. A estas alturas y en esta estación del año, el agua llega hasta la cintura en lo más profundo del cauce. El problema es que el usurpador alinearía a sus tropas en la orilla, y los nuestros tendrían que luchar, al menos al principio, con los pies hundidos en el lecho resbaladizo del río y con el enemigo disfrutando de la ventaja de la altura.

—Comprendo.

—Como digo, sebastos, es arriesgado. Suicida, incluso.

Teodosio asintió y volvió a darle un sorbo al vino. Luego contempló el mapa de nuevo.

—Pero el usurpador no cuenta con un pequeño detalle —dijo el hispano.

—¿Qué detalle, sebastos?

—Que Dios está con nosotros.

Los presentes se miraron los unos a los otros de reojo.

—¿Dios? —preguntó Estilicón.

—Por supuesto. El usurpador se ha rendido a los paganos del Senado para obtener dinero y apoyos. Creo que a Dios esas cosas no le gustan —dijo el emperador con sorna.

—Supongo que no —convino Estilicón.

—Pues claro que no —insistió el emperador.

Hubo una larga pausa silenciosa mientras el hispano repasaba el mapa una vez más. Hasta la enorme tienda de campaña de lonas púrpura llegaba el sonido informe del campamento, el murmullo de soldados, el resoplar de caballos, el tintineo de cacharros.

—Dejadnos —dijo Teodosio al fin—. Necesito hablar con Estilicón en privado.

Uno a uno los oficiales fueron desapareciendo hasta que el hispano y el vándalo se quedaron a solas en la tienda.

—No soporto su falta de sentido del humor —dijo el emperador.

—No les culpo. La situación es delicada.

—Precisamente por eso, amigo mío. Cuanto peor van las cosas, más presencia de ánimo se necesita.

Teodosio se dirigió al diván que tenía en un extremo de la tienda y se tumbó. Luego le hizo un gesto a su yerno para que tomara asiento a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Estilicón.

—He tenido días mejores. Pero se me pasará.

Estilicón asintió.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó el vándalo.

—Muchas veces —dijo Teodosio— las dificultades no son sino bendiciones disfrazadas.

—Eso le he oído decir a Ambrosio más de una vez.

—Ambrosio. Menudo cabrón.

Yerno y suegro rieron, cómplices, al mencionar al antipático obispo de Milán. Teodosio volvió a toser. Estilicón le acercó a su suegro un cáliz con vino, y el hispano bebió.

—¿De verdad que te encuentras bien? —preguntó el vándalo.

El hispano esbozó una bienintencionada mueca de fastidio.

—Mi fiel Estilicón... —dijo Teodosio—. Deja de preocuparte. Aún no me ha llegado el momento.

—Pero si llegase...

—Si llegase... Ya lo hemos hablado muchas veces. Mi hijo Arcadio me sucedería en Oriente y tú quedarías como regente en Occidente hasta que el pequeño Honorio alcance la mayoría de edad. —El vándalo asintió—. Pero vamos a lo que nos ocupa. ¿Dices que el usurpador ha bloqueado todos los pasos de montaña?

—Así es.

—Bien, la mayoría de las veces lo que no se puede conseguir con las armas puede conseguirlo el oro. Hoy en día la lealtad y los principios están baratos. Quiero que envíes mensajeros a los pasos, con dinero. Con mucho dinero. Los sobornaremos.

Estilicón sonrió.

—De acuerdo.

—En cuanto al grueso de las tropas del usurpador, creo que ha llegado el momento de acabar con dos problemas en una sola jornada.

—¿Qué dos problemas?

—Eugenio y los godos.

Estilicón miró a su suegro y alzó una ceja.

—No entiendo.

—Hace tiempo que hay muchas voces clamando por el fin de los godos. El pueblo no se fía de ellos, no los quiere dentro del Imperio, nunca los ha querido, y menos aún desde los disturbios de Tesalónica. Ambrosio, por otra parte, insiste en que hay que erradicar no solo a los paganos, sino además, y particularmente, a los arrianos. El tratado con los godos es una mancha en mi reputación y un peligroso precedente. Por mucho que en su día lográramos convertir aquel asunto en una victoria, los dos sabemos que tuvimos que ceder. Debemos

lavar el recuerdo de Adrianópolis. Y no hay mejor forma de lavarlo que con sangre.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Estilicón.

—Los godos deben diluirse en la historia, y este puede ser el momento idóneo para ello —afirmó el emperador de Oriente.

Teodosio se incorporó del diván y volvió a la mesa de campaña en la que estaba desplegado el mapa. El vándalo le siguió.

—¿A quién tenemos ahora al mando de los godos? —preguntó el hispano sin apartar los ojos del mapa.

—A Alarico.

—Ah, sí, Alarico —repitió el emperador, pensativo.

—Veinticuatro años, orgulloso, impetuoso... —dijo Estilicón.

Teodosio asintió lentamente.

—Perfecto. ¿Qué crees que pasaría si le dijéramos que, dado que las tuyas son las mejores tropas de las que disponemos, debe ser él quien abra el asalto?

—Que aceptaría el reto gustoso. Aunque probablemente preguntaría por el resto del plan. No es ningún necio.

—¿El resto del plan? Por supuesto. Le diremos que, una vez que haya abierto camino, nosotros le relevaremos... —el hispano levantó la cabeza y miró a Estilicón a los ojos. El vándalo no pudo evitar abrir la boca, presa del asombro— y entonces le dejaremos solo al otro lado —completó.

—Sería una masacre —dijo el yerno del emperador.

—Exacto, una masacre —confirmó Teodosio—. Al día siguiente, con los pasos en nuestro poder gracias a los sobornos y con el ejército del usurpador diezmado después de una jornada de combate contra godos desesperados, no nos resultará difícil aplastarle. Habremos acabado con el usurpador y con los godos. El Imperio volverá a estar unido.

—Pero, sebastos —dudó Estilicón—, estaríamos... sería...

Teodosio esbozó una media sonrisa.

—Mi fiel Estilicón, solo me llamas «sebastos» cuando hay gente delante o cuando algo te incomoda. ¿Quieres decir que estaríamos traicionándolos?

—Sí —dijo el vándalo, incrédulo.

—Tarde o temprano serían ellos los que habrían de traicionarnos a nosotros. Además, lo único que importa ahora es el Imperio, y ellos son una amenaza latente; lo sabemos desde el día mismo en que cerramos el tratado de asentamiento con Fritigerno.

—No sé, sebastos. Deberíamos reconsiderar... —dijo Estilicón, incómodo.

—Me temo que no tenemos tiempo para eso, ni otra opción, si queremos ganar esta batalla, recuperar Occidente y a la vez asegurar Oriente.

—Puede ser —concluyó el vándalo.

—Eres demasiado noble, amigo mío —sonrió el hispano, y, acto seguido, le dio una palmada en la espalda a su yerno—. Bien, ese es nuestro plan. Y alegra esa cara: dentro de un mes estaremos en Milán celebrando dos victorias.

## 2

NORTE DE ITALIA, A ORILLAS DEL RÍO FRÍGIDO

5 DE SEPTIEMBRE 394 D. C.

Amanecía.

El río fluía, menguado y calmo, entre ambos ejércitos y bajo un cielo azul moteado de nubes blancas hechas jirones. En torno al valle se alzaban las imponentes montañas, herbosas en las faldas y peladas en las cumbres, que protegían como colosos los accesos a Italia.

Eran cerca de veinte millares los godos que, poco a poco, iban ocupando posiciones y dando lugar a una masa compacta de coloridos escudos y lanzas plateadas a doscientos pasos del cauce. Al otro lado del río, dispuesto ya en cuadrículas inmóviles, se desplegaba el ejército dorado, plateado y rojo del usurpador. Era la segunda vez, en poco más de cinco años, que los ejércitos de Oriente y Occidente libraban una batalla a muerte.

Entre las filas godas ondeaban toscos pendones de diversos colores, algunos gastados, otros vivos, otros pardos, que indicaban la posición de conocidos grupos de guerreros. También, aquí y allá, podían distinguirse los dracos de los grandes jefes, estandartes metálicos que representaban una feroz cabeza de dragón tras la cual se mecían, al antojo de la leve brisa, retales de tela roja.

A espaldas de la hueste goda formaba el ejército de Oriente. Era fácil ver dónde se encontraba el emperador, en lo alto de una loma, rodeado de crismones y generales y protegido por su imponente guardia personal de hunos y burgundios.

Varios monjes arrianos recorrían las posiciones de los godos, ofreciendo oraciones, ánimos y consuelo, azuzando a los hombres a luchar por Dios y por el emperador contra el usurpador y sus paganos. Un imponente jinete recorría el frente de la formación seguido por una nutrida guardia a caballo: Alarico, *dux gothorum* al servicio de Teodosio. El joven Alarico aún no había cumplido los veinticinco, pero por sus venas corría sangre real, y ya había probado su valía en el campo de batalla. Vestía su mejor cota de malla y su yelmo dorado con incrustaciones de piedras preciosas. Contempló las posiciones

enemigas. Recordó lo mucho que le habían impresionado los imperiales la primera vez que los vio a los ocho años: immaculados, perfectos, firmes e incólumes. Cuántos ríos de sangre habían corrido desde entonces...

El dux de los godos se detenía ante un grupo de guerreros, decía algo y estos rugían o reían y batían sus lanzas contra los escudos. Luego el dux seguía adelante envuelto en un estruendo de voces.

Un vítor recorrió las filas godas como un viento huracanado. Ante la extensa formación, a cincuenta pasos de la primera línea, Alarico, a lomos de su magnífico caballo, ofreció a los suyos un auténtico espectáculo de monta. Hacía girar al animal, lo hacía caminar hacia atrás, inclinarse hacia delante hasta tocar el suelo con el belfo y erigirse sobre las patas traseras, mientras aullaba, retador, hacia las tropas del usurpador de Occidente. Así se había hecho siempre. Desde tiempos remotísimos, y antes de una batalla, el rey de los godos demostraba ante los suyos y ante el enemigo sus habilidades como jinete. Ahora, aunque a los godos no les estuviera permitido elegir a un rey, Alarico era para ellos lo más cercano. *Dux gothorum*. Un título relativamente vacío para los romanos e insuficiente para los guerreros, pero así se había cerrado el tratado después de la guerra.

Concluida la exhibición y con los ánimos de la tropa exaltados, Alarico dio la espalda al enemigo y miró hacia la colina en la que aguardaba el emperador, esperando la orden. Se hizo el silencio.

Entonces Alarico agitó la mano y tiró de las riendas para encararse al enemigo. Sonaron los cuernos ordenando avance y el *dux gothorum* desmontó de un salto, le confió las riendas a uno de sus hombres, cogió el escudo que se le entregaba y ocupó su puesto en primera línea como uno más. Luego alzó la espada y gritó: «¡*Ad ultionem!*», «¡Hacia la venganza!». Eran tantos los abusos y las traiciones que habían sufrido los godos a lo largo de los años que aquel «Hacia la venganza» se había impuesto como grito de guerra cada vez que entraban en combate fuera cual fuera el enemigo.

Miles de pies castigaron el suelo al tiempo, pesadamente, para dar lugar a un eco acompasado y caótico, como el aguacero sobre los tejados. Crujía el suelo de Italia ante el avance de los godos. La distancia que los separaba del ejército del hispano se hacía cada vez más amplia.

Se oyeron las tubas y los cuernos enemigos al otro lado del río y hubo movimiento brusco y apresurado de tropas y estandartes. La brisa también les hizo llegar los gritos incomprensibles pero firmes de los oficiales de Occidente.

Alarico sintió el agua gélida del río filtrándose por las botas, después a la altura de las rodillas, luego en los muslos. Resultaba difícil caminar sobre el lecho fangoso. Tuvo que alzar el escudo para evitar la resistencia del agua. A cincuenta pasos, dispuestos en línea frente a la orilla, distinguió los escudos de fondo rojo, decorados con un águila negra, de los *herculaini seniores*; buenas tropas, por lo que tenía entendido. Sería un combate difícil. Los godos tendrían que remontar la pendiente lodosa del río para llegar al cuerpo a cuerpo y no contarían con la fuerza del empuje de los que venían detrás. El dux dudó un instante, pero confió en que el plan del hispano, como siempre, diera sus frutos. Vadear un río siempre daba lugar a un avance irregular de las tropas, algo que aún complicaría más el combate.

Al inconfundible silbido de las flechas le siguieron las sombras alargadas de aquellas. Por instinto, Alarico y sus hombres se detuvieron, alzaron los escudos y flexionaron las rodillas. El agua les alcanzó el pecho y las puntas de hierro de las saetas de Occidente repique-tearon en las defensas de madera. Se oyeron gritos dispersos de dolor allá donde las dañinas flechas habían mordido en carne. Las aguas del Frígido no tardarían en teñirse de rojo. Como las aguas del Nilo al ser tocadas por el báculo de Moisés. Solo que hoy Dios parecía estar lejos, ajeno a las tribulaciones del pueblo errante.

Los godos avanzaron veinte pasos más. El agua volvía a llegarles hasta las rodillas cuando un nuevo chaparrón de madera y metal cayó sobre ellos. Recibida la nueva descarga, Alarico barrió con la lanza las cinco saetas que tenía incrustadas en el escudo partiendo las astas, que cayeron al agua para ser arrastradas por la corriente.

—¡Alto! —ordenó.

Y los cuernos se hicieron eco de sus palabras. Miró a su izquierda, a la línea sinuosa e interminable de guerreros y escudos en medio del agua. Luego, a su derecha. Buenos hombres todos ellos. A su alrededor, firmes y dispuestos, veteranos de cien batallas, formaba su guardia personal, un centenar de guerreros, los mejores, los más avezados, los más duros, capaces de arrancarle la cabeza a un hombre con sus propias manos, cubiertos de cicatrices, ninguna de ellas en la espalda.

Alzaron los escudos y recibieron otro chaparrón de saetas. Era el momento.

—¡A la carga!

Chocaron con estrépito.

Alarico desvió una punta de lanza con el escudo y asestó una estocada a ciegas que solo encontró vacío. La pendiente embarrada y

pedregosa del Frígido amenazaba con hacerle resbalar; las tropas del usurpador contaban con la ventaja de la altura. Sintió otro impacto en el escudo, luego otro, y oyó silbar más flechas sobre su cabeza, proyectiles de los que ahora no debía preocuparse porque sabía que su labor era desbaratar las líneas de guerreros godos que venían detrás.

Parapetado tras su enorme escudo, el dux afianzó los pies en el barro y volvió a proyectar su lanza, esta vez bien atinada. El poderoso impacto contra el escudo del águila negra logró desestabilizar a su adversario lo bastante como para que diera un paso atrás, lo que le concedió un instante para ganar más altura mientras su guardia reparaba la muerte. Hizo lo posible por no resbalar en el fango y volvió a alzar el escudo justo a tiempo de detener otra estocada. Vio entonces un hueco en la defensa del romano que tenía delante. Proyectó la lanza y pudo sentir que la punta de hierro del arma hacía carne en el tobillo del desgraciado. Este emitió un alarido y hundió la rodilla en tierra, momento que Alarico aprovechó para ganar la orilla y asestar el golpe de gracia hundiéndole la lanza en el cuello. Luego, apoyando la planta embarrada del pie en el pecho del caído, retiró la lanza y volvió a ponerse en guardia a tiempo de recibir otro golpe. A su alrededor, con mucho esfuerzo, los godos lograban dentar las líneas romanas y dejar atrás el cauce del río. Jadeaba. Sentía el sudor recorrerle la sien y la espalda.

Los hombres a los que se enfrentaban, a pesar de la fama de la unidad, parecían relativamente bisoños. No era extraño: después de lustros de guerras civiles, después de dos derrotas a manos de Teodosio en los últimos años, el ejército de Occidente había perdido demasiada savia vieja, y la nueva aún no había logrado adquirir experiencia. Se decía que el pueblo romano había perdido su legendaria pasión por la guerra, que muchos se cortaban el dedo pulgar con tal de quedar inútiles para portar armas.

Alarico empotró el escudo contra la defensa del hombre que pretendía ocupar el puesto del caído. El romano trastabilló y el dux no dudó en hundirle el arma en el muslo y luego en la cara. Sintió que la punta de una lanza le rozaba la cota de malla a la altura del hombro derecho; giró para golpear el arma enemiga con el borde del escudo y vio el terror dibujado en el rostro del joven que se le enfrentaba. Acto seguido asestó una certera estocada directa al cuello de su atacante. El romano soltó las armas y se llevó las manos a la garganta antes de desplomarse sin vida.

A pesar de las bajas causadas por las flechas y de lo complicado que resultaba remontar la orilla fangosa de un río con un enemigo bien armado parapetado en lo alto, los godos lograron abrirse paso y ocupar la posición. Sonaron los cuernos y las tubas del ejército de Occidente instando al repliegue de la primera línea. Aún tuvo Alarico ocasión de abatir a otro romano en medio de la repentina aunque fugaz confusión que siguió a la orden. Luego remató con la lanza a un romano que se retorció de dolor en el suelo y alzó la mano para que sus hombres se detuviesen y formasen junto a él. El sudor de la cara se le mezclaba con la sangre enemiga que le había salpicado. Tenía la cota de malla moteada de rocío carmesí. Ofreció el escudo al enemigo, apoyó la lanza en el suelo y, por el rabillo del ojo, vio cómo sus hombres, a su lado, trababan defensas.

—Ya estamos arriba —dijo el viejo Guntar a su izquierda.

—¿Bajas? —preguntó Alarico.

—He visto caer a Ewald y a Teutric.

—¿Heridos o muertos?

—No sabría decirlo.

Alarico asintió.

A derecha e izquierda, y una vez ganada la orilla, los godos se reagruparon.

—No me gusta luchar con un río a la espalda —dijo Rulf el corto a su derecha.

Alarico no respondió a la observación del Corto. A nadie le gusta luchar con un río a la espalda.

—El cabrón del hispano no se mueve —dijo Rulf.

—Un respeto —le amonestó Alarico.

—Nuestro augusto emperador no se mueve —se corrigió el Corto.

—Por algo será —zanjó el joven dux.

Ante ellos se extendían las formaciones perfectas y coloridas del usurpador, los pendones rojos y púrpura, bosques de lanzas, murallas de escudos.

Los godos se agacharon y alzaron los escudos cuando una nueva lluvia de flechas cayó sobre ellos. Otra vez el repiqueteo. Otra vez los gritos de aquellos que eran alcanzados.

Ya reagrupados, y a una orden del dux, el muro de escudos godo avanzó lentamente para dejar espacio a los hombres que aún estaban en el río y que ahora, además de luchar contra la corriente, se veían obligados a sortear los cuerpos acribillados y sin vida que flotaban a merced de la corriente, a remontar una pendiente que ahora resultaba

aún más resbaladiza y brillante merced a la sangre para luego abrirse paso entre hombres con la cabeza reventada, tripas abiertas, miembros cercenados, excrementos, sesos y vísceras.

Alarico miró un instante a su espalda. El hispano seguía sin moverse, pero no podían quedarse allí, sin más, soportando el constante chaparrón de flechas. Levantó la lanza. Solo había un camino.

—¡A la carga!

Chocaron de nuevo contra las líneas de Occidente y los arqueros volvieron a cambiar de objetivo.

Sumido en el fragor del combate, Alarico perdió la lanza después de habérsela incrustado entre las costillas a un veterano. No tuvo tiempo de recuperarla, así que desenvainó la bella espada con empuñadura de marfil y piedras preciosas que llevaba al cinto. Aquella arma magnífica, del mejor acero, robusta y flexible, digna de un emperador, se la había regalado su padre al cumplir la mayoría de edad.

Dio un tajo y luego una estocada. Ahora sin lanza, tenía que acercarse más al enemigo. Rugió de dolor cuando la punta de un arma romana le acertó en el muslo. Sintió que un cálido río de sangre le recorría la pierna. Empotró el escudo contra la defensa de su contrincante. La madera crujió. El dux alzó la espada y asestó una estocada descendente que superó el escudo de su contrario y se hundió en su ojo. A su lado Guntar y Rulf luchaban como demonios.

A su alrededor todo eran gritos de esfuerzo y confusión. Los godos avanzaban lentamente, sufriendo bajas y repartiendo muerte.

Una vez más las tropas del usurpador retrocedieron y, una vez más, Alarico tuvo que levantar el escudo para protegerse de las flechas. Tenía sed. El alarido de Rulf le perforó el tímpano. Miró a su derecha. Una flecha le había clavado el pie al suelo.

Alarico bajó el escudo y comprobó con horror que, ante ellos y entre los huecos dejados por las tropas imperiales, había dispuestas varias piezas de artillería. Artefactos de madera capaces de disparar grandes proyectiles que atravesaban cuerpos y escudos.

—¿Por qué no se mueve el hispano? —rugió uno de los hombres de la guardia a su espalda.

La descarga artillera no se hizo esperar. Volaron los gigantescos proyectiles hacia los godos abriendo brecha en las líneas, destrozando y atravesando escudos, ensartando a hombres que salían despedidos de espaldas y derribaban a quienes tenían detrás.

Tenían que cargar antes de que dispararan de nuevo.

Rulf el corto partió la saeta que tenía incrustada en el pie a la altura del empeine y levantó la planta ensangrentada mientras la punta quedaba clavada en el suelo.

—¡A ellos! —gritó el dux.

Sin embargo, antes de llegar a los escorpiones romanos, tanto las dotaciones de estos como la infantería emprendieron una huida apresurada aunque ordenada. La satisfacción de ver huir al enemigo tan solo duró un instante. No habían alcanzado aún las piezas de artillería abandonadas cuando volvió a caer la muerte del cielo. Alarico sintió la dolorosa dentellada de una flecha en el hombro y otro impacto en el yelmo. Un mareo. De la herida recibida en el muslo seguía manando sangre. Tuvieron que detenerse para protegerse de las saetas. Percibió la ausencia de Rulf. Miró hacia atrás. El veterano yacía acribillado a cinco pasos de distancia. Maldijo entre dientes.

—Esto tiene mala pinta —observó Guntar.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies. Recibieron otra oleada de flechas.

—¡Trabad escudos! —gritó Alarico—. ¡Trabad escudos!

Cuando partió por la mitad el proyectil que tenía alojado en el hombro, el dux sintió el sabor metálico de la sangre en la boca. Era su propia sangre. Escupió un coágulo.

El temblor se hizo más intenso.

—Odio a los francos —le oyó decir a uno de sus guerreros.

Una masa amorfa de jinetes se abalanzaba sobre ellos. Bárbaros del Rin al servicio de Occidente. Hombres duros, excelsos guerreros, corpulentos, de rubias melenas y pobladas barbas. Lanzaron entre aullidos su grito de carga.

Eran muchos los godos de primera línea que habían perdido sus lanzas en el combate. Enfrentarse a una carga de caballería sin oponer un bosque infranqueable de puntas de acero era prácticamente imposible. Máxime cuando aquellos llegaban frescos y los infantes ya estaban diezmados y agotados.

Una nueva oleada de flechas surcó los aires describiendo una parábola por encima de sus cabezas, directas a las líneas traseras.

A lo lejos, más allá del río, el ejército de Oriente permanecía inmóvil.

—Traición —masculló Guntar.

—Calla —ordenó Alarico.

Después del primer y brutal impacto, infantería goda y caballería franca se vieron envueltas en un confuso y despiadado baile embo-

rronado por la polvareda, sin líneas, sin formaciones. Los godos hacían lo posible por derribar a los francos de sus caballos, se combatía a espada, a cabezazos, puñetazos y mordiscos. Relinchaban los animales al caer. Varios caballos sin jinete huían aterrados de la refriega.

Las filas traseras de los godos, ya organizadas, avanzaron en apoyo de los hombres de primera línea. Al ver que un puercoespín de madera y acero se aproximaba a ellos, los jefes francos hicieron sonar sus cuernos llamando a la retirada. Aquellos que pudieron, volvieron grupas para regresar a sus líneas, más allá de las piezas de artillería.

El espectáculo que la carga franca dejó tras de sí era desolador. Las líneas de godos estaban deshechas, los guerreros dispersos intentaban reorganizarse en pequeños grupos. Algunos seguían luchando contra enemigos abatidos. Cientos de caballos, cuerpos, escudos y espadas, charcos de sangre y vísceras yacían esparcidos por el suelo.

Alarico y los suyos buscaron refugio tras el sólido muro de escudos. Muchos de ellos habían perdido sus armas. Algunos arrastraban a compañeros heridos o cargaban con los moribundos.

El joven dux, rodeado por su guardia y estandartes, jadeaba.

—Mi señor —dijo Guntar mientras le examinaba la herida del muslo—, te arriesgas demasiado.

—Ni más ni menos que los demás.

El respiro no duró mucho. La artillería romana, operada una vez más por sus dotaciones, dejó volar las dañinas y gigantescas saetas una vez que los francos estuvieron a salvo. A aquellas les siguieron uno, dos y tres enjambres de flechas. Luego, la infantería.

Caía la tarde y seguía el combate.

Desde la loma, en compañía de sus generales y su guardia personal, Teodosio contemplaba impasible el devenir de la desigual batalla.

—Debo admitir que son duros —dijo el hispano—. Dignos de admiración.

Los generales romanos rieron.

Era la tercera carga de infantería imperial que resistían los godos.

—Parece que empiezan a quebrarse —dijo Estilicón señalando al flanco derecho.

Efectivamente. De las últimas líneas empezaban a desgajarse hombres que, desesperados, se lanzaban al río para ganar la otra orilla. La huida de unos pocos no tardaría en convertirse en desbandada.

—Ya estaban tardando —dijo Teodosio—. Hoy hemos vencido a los godos. Mañana barreremos al usurpador.

—Sebastos —dijo una voz tras él.

Teodosio se volvió.

—Un mensajero de Tracia.

El emperador hizo un gesto con la mano para que el mensajero, cubierto de mugre y sudor seco, se aproximara; el mensajero le entregó una tablilla de madera. El emperador la abrió y la leyó. Luego asintió.

—Informa al comes de Tracia de que no tenemos tropas disponibles en este momento —dijo el hispano—. Que la población se refugie en las ciudades.

—Sí, sebastos —dijo el mensajero.

—Ve al campamento y descansa. Sal mañana. No hay prisa.

—Sí, sebastos.

El mensajero volvió grupas y se alejó al paso cansado de su agotada y babeante montura.

—¿Qué ocurre? —preguntó Estilicón.

—Los hunos han cruzado el Danubio. Están arrasando Tracia.

—¿Las tierras de los godos?

—Así es. Por lo visto, se han enterado de que todos los godos en edad de luchar están lejos —aclaró el emperador no sin cierta satisfacción—. Hoy es un buen día.

—¿Cómo? —preguntó Estilicón.

El emperador se limitó a sonreír.

El sol se ocultaba tras las colosales montañas negándole los colores al mundo.

La luz mortecina y lúgubre del atardecer aún permitía ver los millares de cuerpos dispersos y sin vida que alfombraban el campo de batalla, los estandartes quebrados, las espadas, las lanzas y los escudos abandonados, los caballos solitarios y sin jinete que, ajenos a todo, pastaban entre los muertos. Allí, sobre una loma, amontonados, yacían los cadáveres de godos y romanos donde el combate había sido más feroz. En el río, mecidos por la corriente, flotaban centenares de hombres acribillados a flechazos.

Extraña paz.

¿Cómo había podido ser tan necio? ¿Cómo se había dejado vencer por el maldito hispano?

El estruendo de la batalla había dado paso a un silencio aún más espeluznante que aquel. Un silencio intenso y ensordecedor quebrado, únicamente, por el graznar satisfecho de enjambres de cuervos que acudían, convertidos en nubes negras, al opíparo festín que la juventud, el orgullo y la inexperiencia del joven *dux gothorum* les brindaban.

Alarico apretó los dientes y los puños, impotente. Tenía los miembros entumecidos, le dolían las heridas del muslo y el hombro, tenía el rostro cubierto de sudor seco y mugre, la boca pastosa, la cota de malla cubierta de toscos brochazos de sangre ajena y ya seca.

Agotado, se retiró el yelmo dorado con incrustaciones de piedras preciosas y se dejó caer de nalgas al suelo. Vacío. Sin fuerzas. A su espalda, su guardia personal, magullada, herida y reducida a la mitad, observaba el desastre en silencio. Podía oír el aleteo de los retales rojos y raídos de su estandarte y el sordo y lento silbar de la brisa al penetrar por las fauces de la bronceína e impasible cabeza de dragón que lo coronaba.

Oyó el desgarrador lamento de sus antepasados en las entrañas, el llanto aún por derramar de las miles de madres, esposas e hijos que aguardaban, en Tracia, el retorno de sus seres queridos y que aún no sabían que sus hombres estaban muertos. Mujeres, ancianos y niños que todavía vivían con la esperanza que va ligada a todo temor, pero que pronto tendrían que soportar la pesada carga de la certeza.

Él, Alarico, *dux gothorum*, les había fallado a todos, a los vivos y a los muertos, a los que aún estaban por venir y a los que ya no nacerían jamás. Los espíritus negros y hermanos de la soledad y la desesperación se apoderaron de él. Se tapó las orejas con las manos para acallar el estruendo, pero solo logró que las voces que aullaban en su interior ganaran en intensidad.

«¡Estúpido! —clamaba su padre desde la tumba—. ¡Estúpido!».

Ante él, al otro lado del Frígido, comenzaban a cobrar vida las hogueras del ejército del usurpador de Occidente, que hoy podría cantarle a la victoria. A su espalda se encendían, como un coro de luciérnagas, las lumbres del ejército del hispano, Teodosio, emperador de Oriente. Su emperador, su supuesto señor y aliado, el hombre que con voz de seda y un beso digno de Judas le había ordenado avanzar contra el enemigo:

—Si alguien puede hacerlo, querido amigo, sois tú y tus godos —había dicho el emperador en su tienda de campaña, rodeado de generales y con una amplia y cálida sonrisa.

Y Alarico, a sus veinticuatro años, *dux gothorum*, ufano y altanero, hinchado como un pavo real buscando aparearse, había salido de allí dispuesto a liderar el ataque de sus veinte mil hombres contra el ejército del usurpador de Occidente, confiado en que habría de demostrarle al mundo, en su primera batalla como líder de los godos, de lo que era capaz su pueblo.

¿Cómo había podido ser tan necio? Maldito fuera el hispano. Y maldito fuera su propio orgullo.

Tendría que haber muerto allí, con los suyos.

¿Podría haberse negado a cumplir la orden del emperador? Sí, quizá sí. Una negativa habría bastado. O quizá no. Teodosio le habría recordado los términos del tratado que vinculaba a Roma y a los godos. Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

Y, sin embargo, ahora lo comprendía todo. Era como si el joven de veinticuatro años que había sido al despuntar el día, soñador, sediento de gloria y seguro de sí mismo, hubiera envejecido de repente hasta convertirse en un anciano, cansado de vivir, desvalido, renqueante, pero sabio.

Teodosio había sabido de antemano que Alarico fracasaría, sabía que la batalla iba a ser una matanza, una auténtica carnicería en la que los godos no dudarían en dejarse la piel, el alma y la vida mientras debilitaban al ejército de Occidente. Cuando amaneciese, el hispano ordenaría avanzar al ejército de Oriente, que aplastaría a las tropas del usurpador, ahora victoriosas, aunque exangües y diezmadas después del despiadado combate. A pesar de los tratados con el Imperio, los romanos no dejaban de ver a los godos como una amenaza, como un cuerpo extraño en su territorio. Bárbaros. Decían que Roma, a lo largo de sus mil años de historia, siempre había acabado por vengarse de los agravios pasados, y decían también que siempre emergía victoriosa de un modo u otro.

Tendría que haberse negado a cumplir la orden.

Sí, ahora lo comprendía. Lo que el joven *dux gothorum* tenía ante él era la venganza de Roma y de Teodosio por Adrianópolis, la batalla que desembocara, dieciséis años atrás, en la completa destrucción del ejército de Oriente y en la muerte del emperador Valente, a quien sucedió el hispano. También era la venganza por los cuatro años de guerra agotadora que siguieron a aquella gloriosa jornada, tras los cuales un Teodosio incapaz de vencer a los godos se había visto obligado a sentarse y a negociar con los bárbaros la cesión de parte del Imperio, por mucho que esa parte fuera un rincón apartado de la marginal y fronteriza Tracia, al sur del Danubio.

Aquel tratado, suscrito por el rey Fritigerno, concedía tierras a un pueblo hasta entonces errante y lo acogía en el seno del Imperio como se acoge, en una habitación cochambrosa, a un huésped incómodo que no ha sido invitado. A cambio de esas tierras, Teodosio impuso una serie de obligaciones: como súbditos del emperador de Oriente, los godos deberían, a partir de entonces, acudir a la llamada de las armas cuando así lo exigiese Roma, y deberían prescindir de la figura de un rey, símbolo de unidad y liderazgo.

Tras la firma del tratado nadie, jamás, volvió a saber de Fritigerno.

Alarico tenía seis años cuando los godos cruzaron el Danubio en busca de una vida mejor en el Imperio. Y ocho años cuando se libró la batalla de Adrianópolis. Recordaba el estruendo del combate, el polvo, los gritos y los relinchos, los destellos de las armaduras, el calor sofocante de la jornada. Tenía la imagen de la cruenta batalla clavada en la mente. El niño que había sido entonces lo había visto todo desde el círculo de carretas que coronaba la colina y tras el cual se guarecieron las mujeres, los ancianos y los niños mientras los hombres luchaban por la existencia misma de su pueblo. El pequeño Alarico había jaleado a los suyos con el resto y había recorrido el campo de batalla al día siguiente con otros chiquillos en busca de botín y despojos.

Ahora, por su culpa, eran muchos los veteranos de Adrianópolis que yacían sin vida en el campo de batalla, algunos junto a sus hijos. Conocía a muchos de ellos, muertos a su alrededor, acribillados a flechazos, derribados por la caballería enemiga, pisoteados, alanceados. Hombres que habían dado la vida por él.

Se maldijo.

Hacía apenas meses que Teodosio le había nombrado *dux gothorum*, poco antes de la campaña. Tanto su alcurnia como su habilidad con las armas le hacían merecedor de tal dignidad. O eso había pensado cuando el hispano le envió un mensajero desde Constantinopla para confirmar su cargo como jefe militar de los godos. Ahora sabía que la decisión del emperador nada había tenido que ver con su cuna, sino con el hecho de que un joven sediento de gloria era mucho más fácil de manipular que un hombre avezado.

—¿Qué he hecho? —dijo el joven dux para sí en un susurro mientras negaba con la cabeza.

—¿Mi señor? —preguntó a su lado el solícito jefe de su guardia personal creyendo que se dirigía a él.

—¿Qué he hecho, Guntar? —repitió Alarico, esta vez en voz alta.

—Luchar con honor, mi señor.

El joven dux esbozó una triste sonrisa y negó con la cabeza.

—¿Con honor dices? Mira eso, Guntar. Mira. ¿Qué ves? ¿Ves honor?

—Sí, mi señor. Veo honor. Y traición.

—Traición —repitió Alarico—. Sí. Traición.

Se hizo el silencio entre ambos. Traición. Teodosio había prometido que una vez que los godos estuvieran al otro lado y hubiesen abierto brecha, sus tropas avanzarían y los relevarían. Sin embargo el emperador había abandonado a Alarico y a los suyos a su suerte. Superados en número y rodeados por todas partes, los godos lucharon con denuedo aguardando una ayuda que jamás llegó y viendo cómo las tropas de Oriente permanecían inmóviles mientras ellos morían. ¿Cuántas veces había mirado Alarico a su espalda confiando en que Teodosio ordenara avanzar a las compactas formaciones de infantería oriental? ¿Cuántas veces le había asegurado a Guntar que el emperador no los dejaría solos?

Traición.

—Mi señor —dijo Guntar pasado un instante—. Aquí ya no hacemos nada.

Alarico asintió.

—Cierto —convino el joven—. Aquí ya no hacemos nada.

El dux se puso en pie. Luego, cuando Guntar daba media vuelta, Alarico desenvainó su ya ensangrentada espada, la giró hacia sí y buscó con la fría punta de acero un hueco entre sus propias costillas. Al oír que el joven desnudaba el arma, el jefe de la guardia se volvió.

—¡Mi señor!

Guntar, alarmado, se abalanzó sobre el dux. Forcejearon.

—¡Aparta!

El corpulento y barbudo veterano le retorció la mano al joven hasta que este se vio obligado a soltar el arma con la que pretendía quitarse la vida. Acto seguido, el guerrero abrazó al dux por la espalda con todas sus fuerzas para inmovilizarle.

—¡Déjame! —aulló el joven—. ¡Suéltame! ¡No merezco vivir!

Incapaz de revolversse, incapaz de librarse del abrazo poderoso del guerrero, Alarico dejó de resistirse y rompió a llorar, impotente.

—Mi señor —le susurró Guntar cuando sintió que el dux se dejaba caer en sus brazos—, hoy ya han muerto demasiados hombres. No nos abandones tú también. No nos condenes a todos.

—Ya os he condenado —murmuró el dux.

—Tu vida, mi señor, no te pertenece.

Alarico asintió lentamente y Guntar deshizo su poderoso abrazo.

—Debería haber muerto hoy, allí —dijo el dux—, con los míos.  
—Dios ha decidido que no sea así. Sus razones tendrá.  
—Sí, castigarme por mi soberbia.  
—O guardarte para futuros designios.  
—¿Designios? ¿Futuros? ¿Qué futuro puede haber después de esto, Guntar?  
—Todas las noches acaban, por oscuras que sean.  
—¿Para ellos también? —preguntó Alarico, descreído, mientras señalaba a los caídos.  
—Eso dicen los sacerdotes. —El dux asintió—. Roma nos ha traicionado, mi señor.  
—Una vez más —completó Alarico.  
—Una vez más —repitió Guntar.  
El joven noble volvió a mirar al campo de batalla. Luego dio media vuelta.  
—Volvemos a casa. Haz correr la voz.  
—Sí, mi señor.

# 3

MILÁN

OCTUBRE 394 D. C.

La plebe rugió con pasión cuando sonaron las tubas y se abrieron las puertas de la ciudad. Milán recibía jubilosa al victorioso emperador y a sus ejércitos. Las calles engalanadas estaban cubiertas de pétalos rojos y blancos. De las casas y los soportales pendían tapices y guirnaldas de flores. La guardia urbana, apoyada por varias unidades de infantería imperial, a empellones con los escudos, apenas lograba mantener controlada a una muchedumbre enfebrecida que bramaba hasta quedar ronca el nombre del hispano.

—¡Teodosio! ¡Teodosio!

Teodosio, «don de Dios». El nuevo Constantino.

Milán estallaba de júbilo y color. El Imperio, desde el muro de Adriano hasta los desiertos de África, desde Hispania hasta Siria, volvía a estar unido bajo los designios de un solo hombre. Unido y en paz.

Abrían la marcha varias unidades de caballería pesada oriental, con sus poderosos caballos enfundados en brillantes armaduras de escamas de acero. A estos les seguía la guardia hunna y burgundia del emperador.

Teodosio, ataviado con sus mejores galas militares, coraza musculada, capa púrpura y diadema de perlas y oro, saludaba al gentío desde lo alto de su hermosa montura hispana. Tras él marchaba media docena de hombres portando los estandartes imperiales: el águila y los crismones. A estos se unía una pica coronada por la cabeza verde y cuarteada de Eugenio, el usurpador, congelada en un último gesto de dolor.

—Te adoran —dijo Estilicón, alzando la voz para superar el incesante griterío.

—No te engañes, amigo mío. Lo que adoran es la victoria y el espectáculo —dijo el emperador sin dejar de sonreír—. Si hubiera ganado el usurpador, le dispensarían el mismo recibimiento.

El desfile triunfal avanzó lenta y firmemente entre vítores, aplausos y una lluvia de pétalos. El recorrido, previamente establecido con las

autoridades civiles y eclesiásticas de la urbe, llevaría al victorioso ejército desde la puerta este, y por la amplia calle principal de la que ahora hacía las veces de capital del Imperio, hasta el viejo foro y, de allí, al otro extremo de la ciudad hasta el hipódromo donde Teodosio había organizado un gran banquete para sus tropas. Al día siguiente, en el foro, serían ajusticiados los hombres más cercanos al usurpador, que, encadenados, eran el blanco de los insultos y escupitajos de la turba.

—El pueblo, en su mezquindad, siempre disfruta de una buena ejecución. Más aún cuando se trata de senadores y de gente principal —dijo Teodosio.

Todos los estandartes paganos arderían, también en el foro, después de las ejecuciones. A ambos actos les seguirían varios días de carreras en el hipódromo como colofón a las celebraciones por la victoria del emperador cristiano.

Lo que quedaba del ejército de Occidente, diezmado y derrotado, acampado ahora a las afueras de Milán, no tomaría parte en el desfile triunfal ni en el banquete, aunque sí recibiría el magnánimo perdón imperial pasados unos días.

Flavio Estilicón no podía dejar de pensar en la magistral jugada del hispano y en el hecho de que, ahora, derrotado Eugenio y con los godos prácticamente eliminados y desmoralizados, Roma podía volver a sentar las bases de un sólido futuro sin enemigos internos, ni potenciales ni reales.

Bien era cierto que al día siguiente del desfile triunfal por Milán, sería necesario empezar a reorganizar el Gobierno y el ejército. La batalla de Adrianópolis y la guerra que siguió a esta habían supuesto una auténtica debacle militar en Oriente que solo se había salvado pactando con los godos y los persas y ordenando una leva forzosa general en el Imperio. En cuanto al ejército de Occidente, después de las tres derrotas sufridas a manos de Teodosio en sendas guerras civiles, la situación era aún peor. Pero tiempo habría, sin duda. Roma siempre renacía de sus cenizas.

Entre vítores y vivas a Dios, a Teodosio y al Imperio, la pomposa comitiva del hispano se detuvo ante la basílica de los Mártires, sede episcopal del intransigente aunque muy amado Ambrosio, obispo de Milán, fusta de arrianos y paganos. La basílica, levantada por el obispo años atrás, atesoraba los huesos de diversos mártires muertos durante las persecuciones de Diocleciano: san Víctor, san Nabor y san Félix, san Gervasio y san Protasio, todos ellos torturados y ejecutados por negarse a abjurar de su fe.

Ambrosio y Teodosio, obispo y emperador, habían tenido sus roces y sus conflictos, sobre todo después de la masacre de Tesalónica, acaecida cuatro años antes. En aquella ocasión, y siguiendo lo dispuesto en las recientes leyes contra la sodomía, aborrecible a ojos de Dios, la guarnición goda de la ciudad había apresado a un célebre auriga acusado de haber mantenido relaciones sexuales con otro hombre. La población de Tesalónica montó en cólera cuando supo de la detención de su amado atleta. Se sucedieron los disturbios y los saqueos por toda la ciudad, la turba rabiosa asedió los edificios oficiales y los barracones de la guarnición goda y asesinó al jefe de esta. Poco después, rodeados y temerosos de lo que pudiera ocurrir, la guarnición liberó al auriga. Al recibir la noticia, Teodosio ordenó que las tropas godas acantonadas en la urbe impusieran el orden a punta de lanza y espada. El resultado fue la masacre de cerca de siete mil personas y una mayor animadversión hacia los germanos por parte de la turba a lo largo y ancho del Imperio.

Teodosio nunca comprendió muy bien lo que le había molestado a Ambrosio, estando las leyes, como lo estaban, inspiradas en sus pías recomendaciones. El caso es que el obispo, diciéndose horrorizado ante la matanza de nicenos a manos de godos arrianos, se negó a oficiar servicios religiosos en presencia del emperador, le negó acceso a los lugares sagrados y ordenó que nadie le diese comunión hasta que el hispano hubiera hecho penitencia. Ante la negativa de Teodosio, Ambrosio afirmó que «el emperador forma parte de la Iglesia, y no puede estar por encima de esta». Al final Teodosio se vio obligado a claudicar, hizo penitencia y fue perdonado. Y supo que, tarde o temprano, tendría que acabar con los godos.

Desde entonces obispo y emperador habían trabajado juntos, no sin mutuos recelos, para asentar la fe verdadera en el Imperio. Se prohibieron los ancestrales Juegos Olímpicos, se ilegalizaron los sacrificios paganos e incluso el acceso a los templos, se ordenó que fuera retirado el altar de la Victoria de la casa del Senado en Roma y se puso fin al milenario Fuego Sagrado de Vesta. Un Dios, un Imperio, un emperador.

Animados por la legislación imperial, muchos cristianos habían asaltado templos paganos y atacado a los fieles de todo tipo de ritos. Quemaron templos y textos, desfiguraron estatuas y ejecutaron a los sacerdotes de otras creencias, y todo ello ante la pasividad de las autoridades. «¿Qué mal puede hacer un cristiano?», decía Ambrosio cuando le llegaban las noticias de los atropellos. «¿Qué mal puede hacer un cristiano?», repetía el emperador.

El usurpador, aunque cristiano, se había visto obligado a ponerse en manos del Senado de Roma, hombres influyentes y acaudalados aunque paganos en su mayoría. La guerra civil había sido inevitable.

Estilicón se giró hacia su suegro.

—¿Qué es eso que he oído sobre un viento huracanado en el Frígido, durante el segundo día de batalla? —preguntó Estilicón—. No recuerdo haber visto a las tropas de Eugenio siendo abatidas por sus propias flechas. Recuerdo una leve brisa cuando cargábamos, pero eso es todo.

—¿De verdad que no te acuerdas? —dijo Teodosio con fingida extrañeza—. Los ejércitos paganos sufrieron la ira divina. El populacho debe saber que Dios está de nuestra parte. Y también aquellos que puedan estar valorando la posibilidad de alzarse contra mí. Además, una batalla sin intervención divina quedaría muy insulsa en lo que al porvenir respecta.

Flavio Estilicón lo comprendió. Teodosio había fabricado un milagro que volaría de boca en boca hasta encontrar acomodo en los libros de Historia. Constantino el Grande, primer emperador cristiano, había tenido su visión antes de la batalla del Milvio, y ahora el hispano tenía su milagro. Muy hábil.

Fue ante la basílica de los Mártires que Teodosio y Estilicón descalzaron arropados por las aclamaciones del gentío mientras el desfile triunfal seguía su camino hacia el hipódromo. Juntos, el emperador y su yerno se dirigieron a los arcos que daban acceso al atrio del imponente edificio. Allí aguardaba, en primera línea, el obispo Ambrosio, de cabellos y barbas canas, enjuto y digno, con la frente arrugada y la mano derecha asiendo con firmeza su báculo. A este le flanqueaba media docena de sacerdotes de diversas edades, ropajes y hechuras. Detrás estaba ella, Serena, sobrina e hija adoptiva de Teodosio y esposa de Estilicón, esplendorosa, bella como el firmamento en una noche sin nubes, vestida de púrpura y rojo y tocada con una diadema de oro y rubíes, con la melena recogida y largos pendientes de perlas. Sonreía como solo ella sabía hacerlo cuando estaba expectante, pero debía mantener la compostura. A su lado los niños, cada uno con sus respectivas amas de cría: el joven Honorio, de diez años, muchacho taciturno y retraído, hijo de Teodosio y de la primera esposa de este; Euquerio, de tan solo cuatro años, hijo de Estilicón y Serena, junto con las pequeñas María y Termancia y, al lado de estas la rebelde

Gala Placidia, de seis años, hija de Teodosio y de su segunda esposa, también llamada Gala.

—Ahí está el futuro del Imperio —le susurró, satisfecho, Teodosio a su yerno al ver a parte de su familia reunida.

Al día siguiente de su victoria en el Frígido, el emperador había enviado a un mensajero a Constantinopla para que informara de la feliz noticia y de la orden de que sus hijos viajaran desde la capital de Oriente hasta Milán para recibirle. A su esposa Gala, encinta, decidió ahorrarle la travesía.

Ambrosio alzaba la mano derecha con solemnidad para bendecir al emperador cuando la pequeña Gala Placidia, impaciente, se sacudió de encima las manos de su ama de cría y salió a la carrera abriéndose paso entre los clérigos y causando la confusión entre la digna comitiva.

—¡Padre! —gritó la pequeña mientras corría—. ¡Padre!

A Teodosio se le iluminó la cara de dicha. El emperador se agachó y se inclinó para recibir a su hija en brazos. La pequeña se abalanzó sobre él y se le colgó del cuello.

—¡Padre! —dijo la niña, feliz.

Un murmullo de ternura recorrió la multitud. Teodosio besó a su hija en la mejilla y levantó la mano para que Ambrosio esperase. El obispo esbozó un gesto de fastidio.

—Mi pequeña y bella Gala.

—Padre —repitió la chiquilla mientras le apretaba con fuerza.

—¿Te has portado bien mientras he estado fuera? —dijo el hispano con el ceño fruncido.

—Bueno... —dudó la chiquilla—. Así, así. ¿Y tú? ¿Te has portado bien?

—¿Yo? Muy bien.

—¿Has ganado?

—Claro. Nosotros siempre ganamos.

—¿Y has matado a muchos malos?

—A miles —sonrió Teodosio.

Hubo una pausa cómplice entre ambos.

—Quiero que ejecutes a Anselma.

El emperador apartó el rostro de la cara de su hija y la miró extrañado. Estilicón se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa.

—¿A tu ama de cría? ¿Por qué, preciosa?

—Porque ayer me dijo que no podía comer más dulces.

—Es que no debes comer más dulces.

—Pues yo le dije que la ejecutarías.

El hispano negó con la cabeza y la pequeña Gala esbozó un gesto de infantil contrariedad. No tardó en reponerse, dispuesta a seguir aireando sus quejas.

—Y Honorio no me deja jugar con sus pájaros.

—¿Ah, no?

—No. Dice que son muy delicados.

—Pero son suyos, ¿no?

Gala arrugó la frente y se encogió de hombros. Luego sonrió y acarició la mejilla de su padre.

—¿Te vas a quedar? —preguntó la chiquilla.

Teodosio asintió y la pequeña se le abrazó de nuevo.

—Todo el invierno.

La niña sonrió. Luego el emperador dejó a su hija en el suelo.

—Ahora vuelve con Anselma o el obispo gruñón se enfadará conmigo. Y no queremos eso, ¿verdad que no?

La chiquilla negó con la cabeza y echó a correr hacia su ama de cría.

Ambrosio, visiblemente molesto, miró a la niña con gesto severo cuando esta pasó a su lado. Gala hizo caso omiso del obispo. Luego el hombre santo volvió a alzar la mano para dibujar el símbolo de la cruz en el aire. Teodosio y Estilicón recorrieron los últimos pasos que los separaban del obispo y se arrodillaron ante él.

—Bienvenido, Flavio Teodosio Augusto, victorioso emperador de los romanos. Dios te sonríe —dijo Ambrosio con su potente y diáfana voz.

—Solo a él debo esta victoria sobre los enemigos de la fe y del Imperio, y humildemente doy gracias.

Ambrosio asintió satisfecho.

—Álzate, hijo mío —dijo el obispo—, y demos gracias al Señor.

Ambos se abrazaron, y Ambrosio besó al hispano en las mejillas. Luego dio media vuelta para que le siguiera al interior de la basílica. Tras ellos entraron los clérigos mientras un coro de jóvenes, en el interior del templo, entonaban cánticos de agradecimiento al Todopoderoso.

Estilicón le ofreció el brazo a su esposa y juntos, seguidos de los niños y de las amas de cría, cruzaron la arcada. Por mucho que le hubiese gustado abrazar a Serena y besarla, aquellos no eran ni el lugar ni el momento. Ambrosio, que tanto hablaba de amor, no habría dudado en afeárselos la conducta.

—Te he echado de menos, victorioso general de los ejércitos de Oriente —le susurró Serena al oído, acariciándole el cuello y la oreja con el aliento y provocando en él un escalofrío.

El vándalo no tuvo palabras. Siempre le ocurría cuando volvía a encontrarse con ella. Se limitó a sonreír.

Un sonoro aplauso recibió a la familia imperial en la basílica. Cientos de hombres y mujeres principales, cortesanos, altos funcionarios y senadores, enfundados en sus galas de seda y oro, daban su calurosa bienvenida al dueño y señor del Imperio.

—Tengo malas noticias de Constantinopla —le susurró Serena a su esposo mientras recorrían la nave central de camino a sus asientos en primera línea.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Estilicón, preocupado, aunque sin dejar de sonreír a los presentes.

Ambrosio ascendía por los tres escalones de mármol que llevaban al altar mientras el emperador se arrodillaba en el primer peldaño e inclinaba la cabeza. Sobre ellos, en el ábside abovedado, reinaba un magnífico y colorido mosaico de Cristo sentado en su trono celestial rodeado de ángeles.

—La esposa de mi padre ha muerto. —El vándalo no pudo evitar mirar a su mujer con repentina alarma—. Dicen que en el parto. Yo no lo creo.

—¿Rufino? —preguntó Estilicón.

—Es pronto para saberlo, pero eso me temo.

—Esa serpiente... —masculló el vándalo—. ¿Cuándo vas a decirselo a tu padre?

—No quiero empañar su momento. Luego hablaremos.

Estilicón asintió.

Serena y Estilicón, seguidos de los niños, fueron tomando asiento ante el altar. Ambrosio alzó las manos y los aplausos en el interior de la basílica murieron. En el exterior seguía el desfile triunfal; se oían, lejanas, las tubas del ejército entonando una repetitiva aunque alegre melodía acompañadas de los gritos fervorosos del populacho.

Comenzaba el servicio religioso.

—Tan solo somos herramientas en manos de Dios... —tronó la voz de Ambrosio.

# 4

TRACIA

OCTUBRE 394 D. C.

La aldea estaba arrasada.

Las carcasas chamuscadas y negras de una docena de chozas recibían, impasibles, la pertinaz llovizna que desde hacía días acompañaba la triste marcha de los godos que volvían a casa. Los cuerpos de dos ancianos, enjutos y en descomposición, se erguían empalados en sendas estacas ante los escombros.

Alarico, desconcertado ante el desolador espectáculo, alzó la mano para ordenar el alto y la inmensa columna se fue deteniendo poco a poco. Cesó el chapoteo de los caballos en el barro, cesaron el tintineo de las armas y el chirriar de las carretas a su espalda. Un coro de voces quedas susurraron alarmadas tras él.

El joven dux desmontó de un salto. Sus botas se hundieron en el fango batido que, apenas meses antes, había sido un campo de labor verdeante, repleto de espigas de un trigo inmaduro promesa de una copiosa cosecha.

Sí. Recordaba el lugar y recordaba a los ancianos. Se habían detenido cerca de allí aquella primavera, de camino hacia el sur, cuando acudían a la llamada del emperador para luchar en una guerra que les era ajena. Las humildes familias de esa aldea le habían ofrecido al joven dux un techo bajo el que pasar la noche, una lumbre generosa, un cuenco de buena comida y cerveza.

Recordaba la calidez del lugar, la cumplida hoguera en el suelo, la felicidad que respiró esa noche, el caldo delicioso, las risas nerviosas de las tres chiquillas y los cuatro mozalbetes que, de pie contra la pared, asistían a la conversación de sus mayores con el dux y no le quitaban los ojos de encima, asombrados de que un hombre tan importante, joven y apuesto, les hiciera el honor de pisar y bendecir con su presencia la humilde morada. Recordaba también a los dos jóvenes de la aldea que, con entusiasmo, se habían unido a la columna empuñando las espadas y los escudos de sus padres.

Alarico no hubiera querido que esa noche acabara nunca. De hecho, el amanecer le había sorprendido charlando con los dos ancianos sobre viejas gestas y antiquísimas leyendas, sobre las tierras que habían dejado más allá del Danubio casi dos décadas atrás, sobre el invierno y sobre la cosecha. Sobre el servicio debido al emperador y sobre el porvenir.

Y recordaba la despedida: la aldea entera congregada a su alrededor, unas treinta almas, deseándole suerte a gritos, felices, diciéndole que habrían de rezar por él todos los días hasta que volviera.

Alarico sintió la presencia de Guntar y de Farvald el calvo a su lado.

—Farvald —dijo el dux—. Ve a por mi sacerdote y que les dé digna sepultura.

—De inmediato.

El dux, incrédulo, contempló la desolación: los cercados, antes repletos de cerdos y ovejas, ahora vacíos y abandonados, los campos de labor antes colmados de abundancia, ahora yermos, las risas y el correteo incesante de los niños ahora convertidos en fantasmas que solo habitaban en su cabeza. Y, todo ello, bajo un cielo gris infinito que ocultaba el sol y que, llegada la noche, ocultaría también la luna y las estrellas.

Hipnotizado, Alarico avanzó lentamente hacia las chozas seguido de Guntar.

—¿Quién ha podido hacer esto? —preguntó el dux.

Guntar miró a su alrededor, a las huellas de docenas de caballos ahora emborronadas por la lluvia y convertidas en charcos. El barbudo veterano negó con la cabeza.

—Quiero saberlo. Acamparemos aquí esta noche. Envía exploradores a los ocho vientos.

—Sí, mi señor.

—Y, Guntar, en esta aldea se unieron a nosotros dos muchachos. Búscalos.

El veterano, acatando lo que se le decía, inclinó la cabeza, dio media vuelta y empezó a dar órdenes a ladridos.

Era ya de noche cuando Guntar entró en la tienda de campaña de Alarico. Una ráfaga de aire gélido provocó el tembloroso bailoteo de la gran llama que iluminaba el interior y que nacía de un pebetero de bronce con patas de león. Junto a este, sostenida por una cruz de madera y haciendo suyos los destellos del fuego, se alzaba, orgullosa e inmaculada, la armadura del dux.

Un intenso aguacero tamborileaba incesantemente sobre las lonas. El joven godo, tumbado en un sencillo diván, dejó a un lado el rollo de papiro que estaba leyendo y se incorporó.

—¿Cómo están los hombres? —preguntó Alarico.

—Han visto días mejores.

Guntar se acercó al pebetero para calentarse las manos. En el exterior, la lluvia hacía imposible encender una hoguera.

—¿Has encontrado a los dos muchachos de la aldea?

Guntar asintió.

—Muertos —dijo un instante después—. Uno de ellos en el Frígido. El otro días después, a causa de sus heridas.

—¿Los exploradores?

—Han vuelto tres de ellos.

—¿Qué dicen?

—No hay una sola aldea en pie en un día de marcha a la redonda. Granjas, cabañas, chozas, tierras de labor. Todo está arrasado.

Alarico se acercó lentamente al pebetero y su mirada se perdió en la danza de las llamas.

—Hay supervivientes —dijo el veterano—. Mujeres y niños y algún anciano. Pudieron huir a tiempo y ocultarse en bosques y cuevas.

—¿Eran bandidos? —preguntó el dux.

El veterano negó con la cabeza.

—No, eran hunos —dijo Guntar.

—¿Al sur del Danubio? ¿Pero cómo?

—Basta con que alguien haya hecho correr la voz, al otro lado del río, de que todos los godos en edad de portar armas marchábamos al sur en primavera.

—¿Quién ha podido ser?

—Cualquiera. Mercaderes, comerciantes, esclavos huidos, hombres descontentos... Aún es pronto para saber más.

No era extraño que de vez en cuando pequeñas partidas de saqueadores hunos, sármatas o alanos cruzaran el Danubio y recorrieran Tracia entregándose al pillaje. Solían ser grupúsculos dispersos y poco cohesionados en busca de botín fácil y esclavos.

Sin embargo, jornada tras jornada, la magnitud de la destrucción se fue haciendo más y más patente. Los exploradores avanzaban cada vez más lejos y regresaban describiendo una auténtica y sistemática devastación de sus tierras. Día tras día se unían al triste campamento mujeres y niños, ancianos y tullidos que lo habían perdido todo y que habían sido testigos de los más despiadados actos de brutalidad. Los

godos llevaban meses soñando con volver a un hogar que había dejado de existir.

—Agentes romanos —dijo Guntar sin más.

Alarico entrecerró los ojos y observó al veterano.

—No entiendo.

—Quienes propagaron el rumor al norte del Danubio de que partíamos a la guerra. Fueron agentes romanos.

Hubo una pausa.

—Teodosio —dijo Alarico apretando los dientes.